

GRÉGORY WOIMBÉE

FORMADOS POR EL AMOR

Breve ensayo
de espiritualidad cristiana

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2019

Imágenes de portada y guardas de Jorge Fernández Mato,
Lo eterno, óleo sobre lienzo, 2018

Tradujo Fernando Montesinos Pons del original francés
Formés par l'amour. Petit essai de spiritualité chrétienne

© 2018, Groupe Elidia
Éditions Artège
10, rue Mercœur - 75011 Paris
9, espace Méditerranée - 66000 Perpignan
© Ediciones Sígueme S.A.U., 2019
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tel.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2043-7
Depósito legal: S. 317-2019
Impreso en España / Unión Europea
Imprenta Kadmos, Salamanca

PRESENTACIÓN

La esperanza no decepciona, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado (Rom 5, 5).

Está el hecho de que todo ser actúa por su forma, y la fe *actúa por la caridad* (Gal 5, 6). En consecuencia, la caridad es forma de la fe (Tomás de Aquino, *Suma teológica* IIa-IIae, q. 4, a. 3, *sed contra*).

Clasificadas por orden alfabético y a modo de pequeño glosario, estas reflexiones sumamente personales, escritas en su origen para mis feligreses con ocasión de circunstancias diversas, proponen al lector una mirada cristiana sobre el sentido de la vida, así como un itinerario espiritual. Con ellas quiero invitarle a meditar sobre *el sentido de la existencia humana* y mostrarle la contribución de una *vida cristiana auténtica* a su conversión y, por lo tanto, a la transformación del mundo que lo rodea. Estas reflexiones también le proponen que discierna los *criterios* de un estilo verdaderamente cristiano, a partir del centro que es Cristo y según una forma que es la Iglesia. Y, en último término, buscan suscitar en él el deseo de anunciar «la liberación a los cautivos y la alegría a los afligidos», como dice el profeta Isaías. Y si pueden ayudarle a conseguir una mayor serenidad y a que crezca su amor a la Iglesia, es decir, a mantener una relación interior y viva con el cuerpo del que es miembro gracias al bautismo y con la cabeza de este cuerpo, Cristo, entonces el autor se sentirá satisfecho.

No puedo por menos que dar las gracias de manera especial a Maryvonne Clouvel, feligresa incombustible y apasionada por el servicio a la Iglesia. Sin su ayuda, este libro nunca habría visto la luz.

ACCIÓN

El sentimiento de impotencia es uno de los más dolorosos. No poder hacer nada por aquellos a los que amamos, o simplemente por esa persona que nos pide ayuda desde la cama de un hospital o, a través de la pantalla del televisor, desde un campo de refugiados, desde un país reducido a cenizas, no ser de utilidad a las víctimas cuyas autoridades –negando la realidad, o simplemente por cobardía o cálculo de intereses– no quieren o no pueden pronunciar su nombre... pesa. No actuar por egoísmo es una cosa, pero no hacerlo por impotencia es otra muy distinta. El egoísmo es un enemigo fácil de identificar y, por tanto, de delimitar y combatir. El egoísmo es un adversario a la medida del hombre; si este acepta descentrarse un poco de sí mismo, abrir los ojos y los oídos, si tiene algo de sí mismo para dar al prójimo, y si el prójimo no es solamente aquel que es «como» él, alguien a quien podría amar sin gran esfuerzo, actuará con dolor, pero actuará. La impotencia es completamente diferente. Es una enemiga más tenaz, más huidiza. La impotencia es una adversaria a la medida de Dios. El hombre necesita a Dios para actuar, porque nada es imposible para él, porque su fuerza actúa en aquellos que toman la decisión de amar más allá de sus fuerzas.

En un primer momento, es preciso intentarlo todo, hacer todo lo posible, incluso aquello que parezca, dada la situación, irrisorio o inútil. Mucha gente ni siquiera intenta algo, con el pretexto de que nada de lo que haga resolverá el problema. Lo primero que hay que hacer para cambiar el mundo es tratar de cambiar uno mismo. La ONU y su rosario de organizaciones internacionales tienen principios admirables y grandes servi-

dores, pero siguen en manos de los Estados y de intereses particulares, aunque sean colectivos. La razón de Estado gobierna el mundo mucho más que las hermosas declaraciones que tranquilizan la conciencia a un precio barato. Como decía el beato papa Pablo VI, «nuestro mundo necesita más testigos que maestros», ¡y rara vez nuestros maestros son testigos! Cambiar uno mismo es el primer paso para que cambie el mundo, o al menos para que se mueva. Los santos saben que ellos crean la historia desde el fondo de los orfanatos, los albergues, los hospitales, las escuelas que fundaron; saben que cambian la historia por las sonrisas que provocan en el rostro de aquellos a los que nadie ha querido o simplemente les ha prestado atención con respeto y cariño. Los santos no pierden su tiempo en juicios de valor, nunca invocan una supuesta superioridad moral que ellos poseerían. Actúan de manera sencilla, libre, por amor a Dios. No separan su compromiso en el mundo y su vida de oración y contemplación. Acuden a Cristo en busca de vida y vigor nuevos para dar de beber a un mundo sediento.

En un segundo momento, es preciso aceptar que nada podría hacerse si nuestro Dios fuese un dios lejano y abstracto, sobre el que hubiésemos proyectado el sueño humano de la omnipotencia, con su afán acaparador y manipulador. Nuestro Dios es un Dios cercano y concreto, está presente en los débiles y frágiles. Hay que aceptar, es preciso aceptar mucho: aceptarse a uno mismo; aceptar a los demás, distintos por las peculiaridades, en ocasiones pesadas, que ellos soportan o que nosotros soportamos; aceptar la muerte de Cristo en la cruz; aceptar el destino trágico de seres queridos cuya bondad no les ha evitado sufrimientos; aceptar que, a los ojos de los hombres, muchas cosas no tienen ningún sentido, buscar en otra parte el porqué de las cosas, ese porqué que sobrepasa la razón humana o su capacidad de cálculo y comprensión, que sobrepasa ese entramado tan frágil de nuestras emociones, de nuestros sentimientos. Confesar la propia impotencia no significa reconocer un fracaso; es, más bien, un camino de humildad, es el comienzo de una acción que cambiará el mundo.

En un tercer momento, es necesario transformar esta impotencia en algo sólido, en algo que nos permita avanzar llenos de confianza: sentir que tenemos una responsabilidad hacia el mundo y hacia los demás. Esa palabra está hoy pasada de moda. Como muchas otras palabras importantes —amor u honor, por ejemplo—, cuando la ponemos en plural pierde su sustancia y, por ello, su fuerza. Hablamos mucho de «responsabilidades» en una época en la que el individuo no quiere asumir ninguna responsabilidad, en la que las instituciones más cercanas, como la familia o la escuela, ya no le enseñan a ser responsable, por lo menos de sus actos y sus palabras. La desresponsabilización del individuo-rey es una peculiaridad de nuestras sociedades contemporáneas. El *homo festivus*, descrito por el ensayista Philippe Muray, no se responsabiliza de nada, lo quiere todo aquí y ahora, no acepta ningún límite ni ninguna crítica; es un sujeto al que un sistema podrido de dinero le obliga a consumir una diversión ficticia.

¿Qué podemos hacer? Entrar en la escuela de la gracia, evidentemente. Esta escuela, gratuita, nos enseña que podemos actuar sin esperar nada a cambio; silenciosa, nos enseña la reserva, la discreción; incondicional, nos permite superar nuestras impotencias admitiéndolas; amorosa, nos envuelve, nos atraviesa, nos tranquiliza, nos consuela, nos llama a perdonar a quienes han hablado o actuado contra nosotros. La gracia transforma a quien la recibe, le vuelve más generoso, más sereno, más indulgente, menos perezoso.

Terminaré dando la razón de todo lo anterior. Es la historia de una niña francesa descendiente de armenios. No sé nada sobre ella, salvo lo que escuché en un programa de France Inter el 17 de febrero de 2015, titulado «La fábrica del nuevo mundo». Élise Boghossian, enfermera y presidenta de la ONG «Shennong et Avicenne», recorre las rutas del Kurdistán iraquí entre Erbil y el norte de Irak a fin de asistir a las víctimas del grupo yihadista «Estado islámico». Se apoya en los refugiados médicos, farmacéuticos o enfermeros. Las regiones controladas por los yihadistas viven una tragedia. No conozco a Élise,

pero me parece un ser maravilloso. ¿Qué serían las personas sin la gracia que las transforma? Pero ¿qué sería la gracia sin las personas que la encarnan? La gracia es una mujer, en un camión de color naranja, que sale de Francia. Una gota de agua para quienes apenas se asoman al horror a través de la televisión, pero un auténtico torrente de amor para quienes padecen ese horror a diario.

ÍNDICE

<i>Presentación</i>	7
Acción	9
Aceptar	13
Agapé	17
Ansiedad	21
Apostolado	23
Civilización	27
Comunidad	31
Creador	35
Creer	39
Cristianismo	43
Cuidado	47
Dar	51
<i>Detox</i>	53
Dios	55
Encarnación	59
Escucha	63
Espíritu	65
Esponsales	69
Eucaristía	73
Evangelización	75
Fe	77
Felicidad	81
Gracia	85
Gracias	87
Hombre	91
Humildad	95
Iglesia	97
Indignación	101

Interioridad	107
Juntos	111
Justicia	115
Luz	119
Madre	123
Mirada	127
Misión	131
Muerte	135
Mujer	137
Mundanidad	141
<i>Mysterium</i>	145
Nacimiento	149
Nártex	153
Navidad	157
Oración	159
Palabra	163
Parusía	167
Pasos	169
Perdón	173
Resurrección	177
Rostro	181
Santidad	185
Seriedad	189
Servir	193
Sociedad	197
Teologal	201
Testigo	205
Unidad	211
Vida	215